

bus nómadas; pues la vida del desierto, que parecería de lo más horrendo á un europeo, tiene tantos hechizos para el nómada, que la prefiere á las demás; lo cual no data de ayer, siendo los nómadas de hoy hijos de los árabes de quienes nos habla la Biblia: por eso aun conservan las aficiones, las costumbres y trajes de éstos.

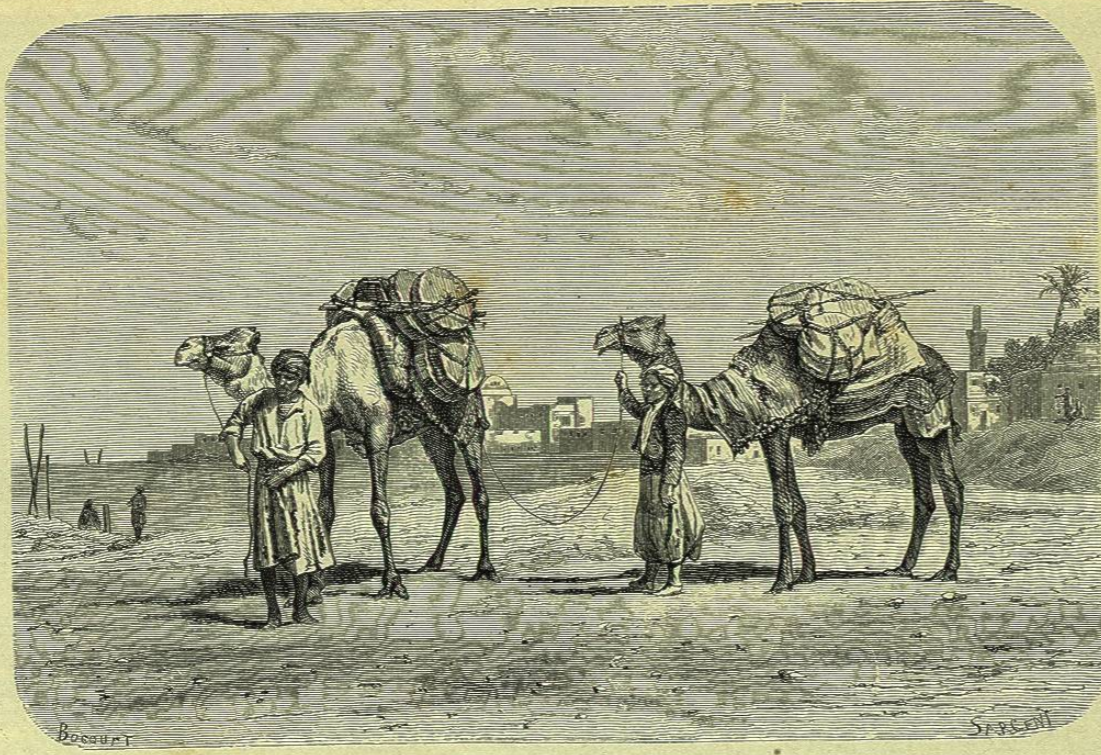
El corto resumen que precede nos demuestra que el clima y el suelo de Arabia varían, según la región. Por consiguiente las condiciones de

existencia, y la flora y la fauna deberán también cambiar; siendo necesario suponer que hallaremos diferencias muy grandes entre los habitantes de aquellas diversas comarcas.

II

PRODUCCIONES DE LA ARABIA

Entre las producciones más importantes de la Arabia hay que citar los dátiles y el café.



Los camellos de carga, según una fotografía sacada en Egipto

Aquellos frutos componen el más importante recurso alimenticio de los habitantes, y el café su principal riqueza de hoy.

Además posee la Arabia otros productos especiales, como el incienso, la pulpa de la cañafístola, el sen y el bálsamo de la Meca, que son objetos de comercio para ella desde tiempos muy remotos.

En razón de las diferencias climatológicas de la Arabia se hallan aquí los productos de los climas cálidos, al mismo tiempo que los de los climas templados; llegando de este modo á producir aquel suelo algodón, caña de azúcar, sicomoro, fresno, etc., etc.

Los árboles silvestres escasean mucho, y la palmera es el árbol más conocido, y el que da á los paisajes orientales un carácter más especial.

Hállase en las regiones fértiles de Arabia la mayor parte de árboles y plantas cultivadas en

Europa, como el melocotonero, el albaricoquero, la higuera, el almendro, la viña, el trigo, el maíz, la cebada, el mijo, la haba, el tabaco y otros. En el Yemen la caña está bien cultivada, aunque el trabajo sea muy penoso á causa de la necesidad de regar continuamente la tierra con el agua que se recogió en pozos ó depósitos cerrados, durante la estación de las lluvias.

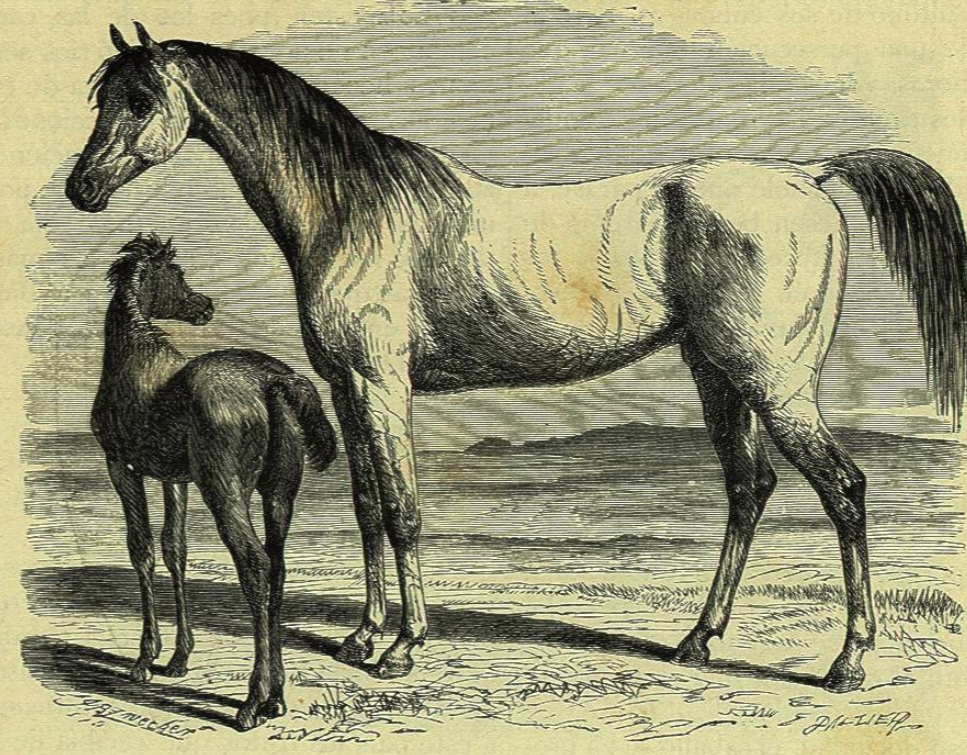
Los animales domésticos conocidos en Europa como el mulo, el asno, el buey, el cordero, la cabra, etc., etc., lo son igualmente en Arabia, y además andan también por ella fieras, como el león, la pantera, el leopardo y otras.

Sin embargo, las fieras distan mucho de ser los animales más temibles de la Arabia. Son los más temibles las langostas, las cuales la asuelan á veces de un modo terrible; aunque no por eso dejan de tener su utilidad, pues con frecuencia son en el desierto el alimento ordinario

de los viajeros y de sus monturas, durante muchas semanas.

Entre los animales que viven en la Arabia los dos más importantes para el hombre son el caballo y el camello. El camello es para los árabes el animal doméstico por excelencia, pues sin él no podría de ningún modo atravesar el desierto: su frugalidad, su aptitud para sufrir la sed muchos días, su resistencia para las fatigas y su fuerza lo hacen irremplazable, lo mismo

como montura que como bestia de carga. Todo camello puede atravesar el desierto de Alepo á Bassorah llevando encima una carga de 500 libras, á pesar de no comer ni beber casi nada, pues su frugalidad es verdaderamente tan prodigiosa, que llega á vivir de alimentos que ningún otro animal podría tolerar. Por mi parte no he podido nunca ver sin admiración cómo un camello comía tranquilamente las hojas del cacto que orillan los caminos, haciendo caso omiso



El caballo árabe

de las enormes púas de que están erizadas.

En cuanto al caballo árabe, su reputación es universal; y como se le ha descrito ya muchísimas veces, me reduciré á copiar una de las pinturas mejor hechas, debida al autor que ya hemos citado más arriba. «El caballo árabe es fuerte, nervioso y ligero; muéstrase orgulloso de su independencia; anda errante con toda libertad por los pastos, y tiene el tipo de las formas elegantes y de las cualidades perfectas. Su cabeza seca y pequeña, la niña de sus ojos ardiente, las ventanas de su nariz anchas, lo elevado de su cruz, sus ijares redondeados y cortos, su grupa algo larga, su cola tirada hacia atrás y sus piernas delgadas y nerviosas le dan sobre todos sus rivales la palma de la hermosura; al mismo tiempo que su docilidad, valor, frugalidad y ligereza le dan la supremacía sobre nuestras razas más estimadas de

Europa. Los Beduinos cuentan cinco razas nobles de caballos, descendientes, según sus tradiciones, de las yeguas favoritas que montaba su Profeta; y cada vez que nace un potro de raza noble, se reúne en una tienda de campaña cierto número de testigos, los cuales levantan acta de las señas del recién nacido, como también del nombre y descendencia de su madre. Este árbol genealógico, debidamente sellado y firmado para mayor autenticidad, se mete en una bolsita de cuero que suspenden del cuello del caballo; el cual desde aquel momento ocupa un lugar entre los corceles preciosos, cuya posesión es tan envidiada que á veces se la han disputado dos tribus haciéndose la guerra.

»Depende este amor de que en el desierto frecuentemente la ligereza del caballo salva la vida del guerrero; y Burckhardt refiere que en 1815 una partida de Drusos, bien montados,

atacó á otra de Beduinos en el Horán, rechazándolos hasta su campamento, donde envueltos por todas partes y asaltados por fuerzas superiores, sólo logró salvar la vida uno que, recogiendo su yegua y lanzándose á través de las líneas enemigas, logró huir, perseguido por los jinetes mejor montados de la partida victoriosa.

» Perseguidores y perseguido dejaban atrás con la rapidez del torbellino rocas, llanuras y colinas, sin cejar un momento aquella carrera; pues los Drusos eran implacables, y habían jurado matar al último de sus enemigos. Pero al fin, después de una persecución infernal, que duró muchas horas, vencida la cólera por la admiración que les causaba la yegua que de aquel modo sacaba de sus manos al fugitivo, le prometieron la vida, suplicándole que se parase, á fin de que tan sólo pudiesen besar la frente de aquel excelente corcel. Accedió el árabe, y los Drusos, al separarse de él, le dirigieron esta frase proverbial: «Ve á lavar los pies de tu montura, y bebe esa agua en seguida», frase con la cual entienden manifestar su extremo afecto por estos animosos compañeros de sus peligros.»

A lo precedente añadiré que el caballo árabe no conoce más que dos maneras de andar: el paso ó el galope. Su obediencia al amo á quien conoce es tan notable que con frecuencia he visto á los árabes apearse del caballo y echarle las riendas sobre el cuello sin que el animal se alejase.

A pesar de su docilidad, el caballo se ha propagado en Arabia mucho menos de lo que podría suponerse: cosa que se explica fácilmente diciendo que si el camello puede criarse en todas las partes de ella, el caballo no puede serlo sino en las regiones donde hay pastos, como las llanuras de Mesopotamia, de Siria y del Nedjed; en esta comarca existe la raza más preciosa y delgada.

La Arabia era tenida antes por riquísima en metales y piedras preciosas; pero no se ve hoy ninguna huella de esto, y sólo se han descubierto algunas minas de hierro y cobre. Pero el conocimiento que tenemos del país es demasiado superficial para hablar con certidumbre de las riquezas minerales que quizás posee.

La industria y comercio de Arabia son hoy aún tales como eran en los primeros tiempos de la historia, formando el principal objeto de la exportación obras de platería trabajadas en el Yemen, dátiles, caballos, añil, sen, incienso, mirra, etc., y tanto el comercio de exportación

con Europa, como el de importación con Africa, India y Persia, se hace por medio de camellos, como en los tiempos bíblicos.

Las distancias itinerarias no se cuentan en Arabia sino por horas de marcha: lo mismo sucede en el resto de Oriente. Para un camello ligeramente cargado se cuenta habitualmente legua por hora, resultando que algunas distancias que en el mapa parecen insignificantes requieren largas jornadas de marcha.

En Arabia, lo que nosotros llamamos caminos no existen, pues los de las caravanas se componen de aquellos *uadis* ó ríos secos de que hemos hecho mención; y fuera de estos caminos hay que seguir las direcciones rigurosamente determinadas por la situación de los pozos, pues sin ellos no habría vida posible. Las mismas vías se siguen en Arabia desde los tiempos más remotos, siendo las más frecuentadas las que van de Damasco á Bagdad y de Riadh, en el Nedjed, á la Meca, Mascate, Bagdad y Damasco.

III

PROVINCIAS DE LA ARABIA

Los antiguos conocieron muy poco el interior de Arabia; de modo que si Herodoto apenas dice cuatro palabras de ella, Strabón y Diodoro de Sicilia no sólo nos dan escasos detalles de la misma sino que atribuyen frecuentemente á este país los frutos que recibía de la India y que exportaba á otras comarcas. Ptolomeo, que parece ser el único que conoció mejor la Arabia, menciona en la Arabia Feliz ciento setenta ciudades, entre ellas cinco capitales grandes.

También los romanos conocieron siempre mal la Arabia; y como tenían entendido que producía las especias, perfumes, tejidos y piedras preciosas que en realidad recibía de la India y de la China, varias veces intentaron conquistarla, bien que siempre con mal éxito. Esos señores del mundo ante los cuales todas las naciones debieron ceder, no pudieron nunca juzgar á unas hordas nómadas á las que protegían el clima y las arenas de su tierra como una verdadera muralla.

Los Europeos no han podido llegar allí sino en una época moderna. Antes de Niebuhr, que la visitó en 1762, no teníamos de ella sino noticias vaguísimas, tomadas de los geógrafos árabes antiguos ó de Ptolomeo; y el mapa de aquel sabio fué el primero que se levantó con

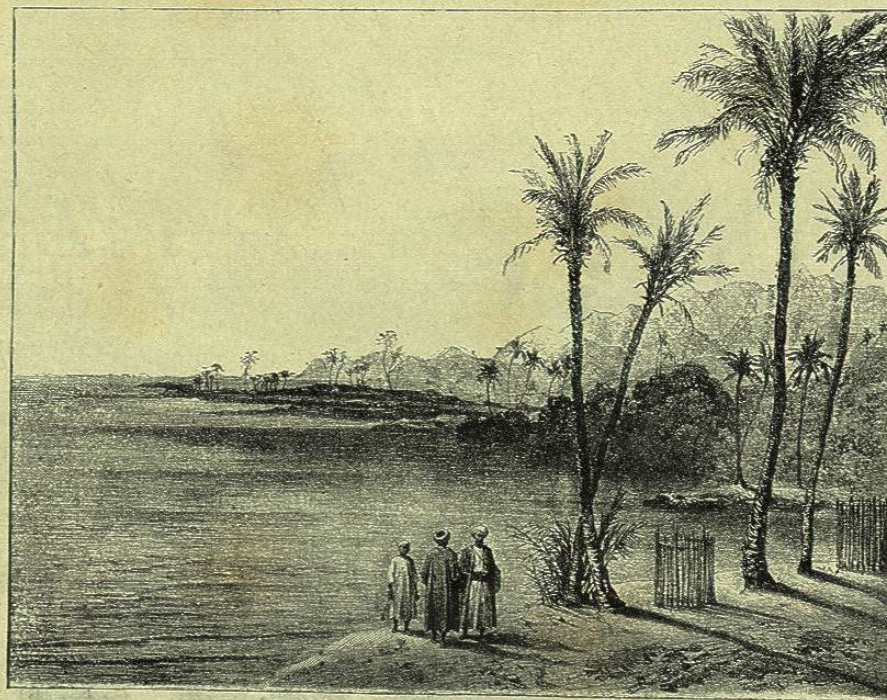
observaciones científicas. Pero Niebuhr no pudo recorrer más que alguna parte del Yemen.

Después de este viajero, la Arabia estuvo aún medio siglo sin que nadie la explorase, no continuándose el estudio de ella hasta Burckhardt en 1815, quien recogió excelentes noticias sobre la Arabia y las dos ciudades de la Meca y Medina. Las expediciones egipcias, que por este mismo tiempo se llevaron á cabo contra los Wahabitas, fueron también origen de investigaciones extensas respecto de diversas

partes de la península, la cual fué en seguida recorrida por muchos viajeros, entre los cuales cabe citar á Wallin (1845), Burton (1852) y Palgrave (1862), visitando el último en las regiones centrales de Arabia países casi completamente desconocidos antes de él (1).

Los antiguos habían dividido la Arabia en tres regiones: la *Arabia Pétrea* al Noroeste, la *Arabia Feliz* al Sudoeste, y la *Arabia Desierta* al centro y al Este.

La Arabia Pétrea comprendía toda la región



Oasis de Dahab, en el golfo Elanítico (Arabia Pétrea)

situada entre la Palestina y el mar Rojo. La Arabia Desierta se componía del gran desierto de arena que se extiende de los confines de la Siria y de la Mesopotamia hasta el Eufrates y el golfo Pérsico. Finalmente, la Arabia Feliz abrazaba toda la parte meridional de la península, el Nedjed, el Hedjaz, el Yemen, el Omán, etc., etc.

Los geógrafos orientales no han usado nunca estas divisiones; y no sólo no admiten á la Arabia Pétrea como una parte de la Arabia, sino que establecen las divisiones del modo siguiente:

El *Hedjaz*, región montañosa y arenosa, que compone la parte media de la que baña el mar Rojo, y contiene las ciudades santas de la Meca y Medina. El *Yemen*, que, situado al Sud del Hedjaz, forma el ángulo Sudoeste de la península arábiga, de la cual es la región más fér-

til y rica. El *Hadramot*, el *Mahrah*, el *Omán* y el *Hazá*, que están colocados uno después de otro, según se ve en el mapa, desde el golfo de Aden hasta el golfo Pérsico. Y el *Nedjed*, gran meseta fértil, poblada de ciudades importantes, aunque rodeada de desiertos, que se halla en el centro de la Arabia.

Las divisiones precedentes, la mayor parte de las cuales datan de los tiempos más lejanos de la historia, no corresponden ya á las divi-

(1) Deseoso de completar con una visita al centro mismo de la Arabia los estudios que yo había hecho en diferentes puntos del antiguo imperio de los árabes, y de ver si llegaba á elucidar ciertas cuestiones de las cuales no hallara la solución en ninguna parte, propuse há poco al ministro de Instrucción pública, director de los fondos de las misiones científicas, que me encomendase la exploración de la Arabia en todo lo que dice á su longitud, para recoger por medio de la fotografía y con los instrumentos científicos convenientes los documentos más importantes. Pero el proyecto no fué aceptado. Como yo no podía subvenir por mí solo á todos los gastos de una expedición costosa, tuve que renunciar á ella, limitando mis viajes por el antiguo imperio de los árabes á las regiones más fáciles de recorrer.